

llos que deberán arrojarse por haber ocupado en la barca un lugar inútil? Temblad, hermanos míos, al considerar esta verdad.

Señor Jesus, entrad dentro de nuestros corazones, á fin de que nos tengamos firmes en vuestra Iglesia por medio de la fé, de la esperanza, y de la caridad: haced que seamos para vos y para los Apóstoles, que os habeis dignado asociar á vuestros trabajos, una materia de alegría, de consuelo y de gloria en el tiempo y en la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMINGO V.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 3. v. 8. 15.

Carísimos: Sed todos de un mismo corazón, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes: No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario bendiciendo: pues para esto fuisteis llamados, para que poseais bendición por herencia. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. Apártese del mal, y haga bien: busque paz, y vaya en pos de ella: Porque los ojos del

Señor sobre los justos , y sus orejas á los ruegos de ellos : mas el rostro del Señor está sobre los que hacen mal. ¿Y quién es el que os podrá dañar , si abrazais el bien? Y tambien si alguna cosa padeceis por la justicia , sois bienaventurados. Por tanto no temais por el temor de ellos , y no seais turbados. Mas santificad en vuestros corazones al Señor Christo.

INSTRUCCION.

Todo el objeto de mis discursos, hermanos míos , se dirige á encaminaros á la union y á la caridad fraterna. Ojalá que cada vez que trato esta materia pueda tener la satisfaccion de haber destruido algunos odios y enemistades , y haber producido algunos movimientos de sensibilidad y de caridad ; pero me temo , que acostumbrados á oír hablar tantas veces de vuestras obligaciones , os acostumbréis tambien á despreciarlas. Será acaso infructuoso este nuevo esfuerzo que voy á hacer para inspiraros la

caridad mutua? El Apóstol San Pedro trata hoy esta materia de una manera tan circunstanciada y tan sensible que irremisiblemente nos conduce á la caridad. Los motivos que nos presenta son los mas propios para cimentar entre los christianos un amor sólido y generoso; y si por nuestra parte siguiésemos constantemente sus consejos, reynaria sin duda en la Iglesia de Jesu-Christo el orden y la armonía : la sociedad de los christianos seria la mas dichosa que puede existir , y el gobierno del rebaño de Jesu-Christo estaria lleno de consuelos para todos los que baxo su autoridad exercen la funcion de Pastores. Ya pues , hermanos míos , que en los consejos del Apóstol tenemos los medios para llegar á esta felicidad , no dexéis de trabajar para conseguirla ; y á fin de que pueda yo exponerlos con toda sencillez y claridad , pedid á Dios que me conceda sus auxilios.

Sed todos de un mismo corazon. Estas palabras del Apóstol no quieren decir , que seamos todos de un mismo caracter , y de un mismo temperamento y humor , porque esto es imposible : tampoco dicen que nuestra vo-

luntad, y nuestro modo de pensar sean unos mismos, porque esto es impracticable; sino que debemos conducirnos segun las miras del espíritu del christianismo; porque de otro modo el espíritu de caridad no inspirará en vuestros corazones los sentimientos de un amor mutuo. Si no sois sensibles á las desgracias de vuestros semejantes, si el espíritu de conmiseracion no trata de aliviarlos, si no sufrís interiormente al ver tantos pobres sumergidos en trabajos y miserias, si no teneis la generosidad que se requiere para privaros de los gastos superfluos, y aun algunas veces de lo necesario para socorrer á vuestros hermanos, ó no teneis caridad, ó careceis de disposiciones para conseguirla. La compasion nos conduce á la union fraterna, ó por mejor decir la supone, y ella sin duda es la causa de nuestra sensibilidad á vista de las miserias de nuestros semejantes. Si no estuviésemos convencidos de que tenemos todos un mismo origen y un mismo fin; que por consecuencia no hacemos mas que una familia, en la qual la desgracia de uno de sus individuos excita la atencion de todos, y que somos los miembros de un

mismo cuerpo, en el qual no puede sufrir una parte sin que se resientan todas las otras, podemos asegurar que no tenemos caridad. Por esta causa llama el Apóstol á la caridad de los christianos un afecto de ternura, muy diferente de esos actos de generosidad que tanto ostentaba el paganismo, y que no tenian otro principio que el orgullo. La caridad del christiano superior á esas limosnas farisaicas donde no se buscaba sino la ostentacion, está fundada sobre un afecto sincero ácia el próximo, en cuya virtud sentimos sus males como los nuestros, y procuramos remediar su necesidad con toda aquella atencion y cuidado que empleariamos para nosotros mismos; pero para exercer esta obligacion de un modo irreprehensible se requieren dos disposiciones esenciales, que son la modestia y la humildad. La modestia, es decir, una sabia moderacion, que nos impele á sacrificar nuestros derechos, en vez de hacerlos valer á expensas de la caridad: la humildad, por la qual nos sometemos aun á nuestros inferiores, y este es un escollo donde se estrella la caridad mas sólida en la apariencia. Hay muchos chris-

tianos sensibles; que llevados del espíritu de caridad se asocian á todos los cuerpos caritativos, y toman sobre sí el cargo de practicar ciertas buenas obras abandonadas por otros que las tienen á ménos: no puede hablarse en su presencia de una miseria que no traten inmediatamente de socorrerla, y no contentos con esto exercitan su actividad y su zelo buscando los pobres hasta en los parages mas ocultos y miserables; ¿pero estos christianos tienen el cuidado necesario de ocultar sus buenas obras, y de tomar aquellas precauciones debidas para que su caridad no se haga pública? Si el acaso descubre sus limosnas, léjos de entristecerse; no se llenan de vanagloria? Por ventura sufren con paciencia los desprecios, la ingratitude y las injurias ya de su familia, ya de sus amigos, y de las personas á quienes molestan para lograr los fines de caridad que se proponen? En una palabra, ¿son como manda el Apóstol, misericordiosos, modestos y humildes?

¶ Pero si estos vicios son causa de no tener, ó de perder la caridad, todavía hay otro que por desgracia tiene mucha parte en la sociedad, y es el de

volver mal por mal. Esto es lo que nos prohíbe tambien hoy el Apóstol, segun el santo Evangelio; y deseoso de que reyne la paz entre los hombres, y se corten de raiz las divisiones, y las querellas que tanto perturban el orden público y privado, nos da un precepto con el qual podremos seguramente conseguirlo. No volviendo, dice, mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo; pues para esto fuisteis llamados para que poseais bendicion por herencia. Este no es un simple consejo, dice el Apóstol, sino el espíritu esencial de vuestra vocacion, de manera que si procurais satisfacer vuestros odios y enemistades, ya no sois christianos mas que en el nombre, ni teneis derecho al reino de Jesu-Christo, porque este solo está destinado para los pacíficos.

Este precepto, hermanos míos, es de grande importancia entre los christianos, y de su inobservancia resultan fatales consecuencias. El que quiere amar la vida, y ver los dias felices tras que suspiramos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. Pero el mundo nos habla muy de otra manera, y

sus principios estan en contradiccion con los preceptos del Apóstol. Si hemos de escuchar sus máximas, nos dirá que nunca debemos ceder y ser humildes, porque esto trae funestas conseqüencias: que los enemigos se hacen mas insolentes quando no se vengan los agravios que nos hacen: que se autorizan las calumnias, quando no se toma una satisfaccion violenta. Este es el lenguaje y la conducta del mundo; pero el Evangelio, este libro divino, escrito para servirnos de guia en todas nuestras acciones, nos da una doctrina muy diferente, y nos prueba que los christianos que tienen la debilidad de escuchar las máximas mundanas son victimas por lo regular de sus mismas pasiones; y que al contrario aquellos que se someten y padecen, disfrutan con el tiempo los consuelos, y logran las satisfacciones que de otro modo no tendrian. Un christiano que sabe disimular un agravio, encuentra en su mismo disimulo un motivo para consolarse; pero aquel que busca la venganza, se dispone para un sentimiento nuevo si vence á su enemigo, ó para un nuevo peligro, si éste tiene valor y esfuerzo para resistir.

le. Estos son los males temporales que ocasiona el espíritu de venganza; pero de aquí podeis inferir el riesgo que corre el vengativo, y los castigos que le tiene preparados el Dios de la paz.

El Apóstol entre las obligaciones que miran al próximo comprehende expresamente la de no mentir, y considera con justicia la mentira como uno de los mas grandes agravios que podemos hacerle. Este vicio es, hermanos míos, muy peligroso. El mentiroso abusa de la confianza del próximo é insulta su ignorancia. Este es un vicio que quando directamente no atacase la soberana verdad del mismo Dios, debería desterrarse de la sociedad.

El Espíritu Santo nos dice, que todo hombre es mentiroso, y en efecto todos tenemos una disposicion natural á ocultar lo que puede degradarnos en alguna manera; á exâgerar las cosas de que podemos sacar algun provecho, á debilitar todo lo que puede elevar y dar honor al próximo, y á aumentar todo lo que le deshonra y desacredita. Todas las conversaciones participan regularmente de la mentira. Los que por falta de memoria no pue-

den contar las cosas como han pasado, las suplen disfrazándolas á su modo, y exágerándolas quanto pueden: los genios naturalmente placenteros y amigos de excitar la risa en sus concurrencias, sazonan sus conversaciones con mil cuentos, y con todos aquellos chistes que pueden hacerlas agradables, sin reparar muchas veces en las personas con quien hablan, ni la alteracion que padecen los hechos, porque todo esto les importa poco, con tal que consigán pasar el rato, y que los tengan por hombres decidores. Los coléricos y arrebatados se descargan siempre con invectivas, en las cuales se atiende poco á la verosimilitud. En una palabra cada vicio tiene sus mentiras que son como su propiedad. Se miente por orgullo, con el fin de sacar gloria de las virtudes que no hay, y muchas veces de las faltas que no se han cometido. Se miente por amor al placer, y la mentira saca su origen en alguna manera de las pasiones mas vergonzosas. Se miente por avaricia haciendo relacion de contratos lucrativos y usurarios, hechos con buen éxito con el fin de incitar á otros que se dexan llevar del espíritu de

interés: los avaros unas veces aparentan ganancias donde no las hay; otras las disminuyen; en muchos casos hablan de los pleytos que han ganado sobre materia de sus intereses, con el fin de dar una prueba de su exáctitud en sus cuentas, y de su moderacion en sus ganancias. En fin, la codicia no dexa mentira por tocar, y por este medio alucinan y empuñan á los incautos, en un tiempo que tal vez estan muy cerca de hacer una quiebra, á poner en su casa sus caudales. Se miente por ociosidad: ¿quién pensaria que éste fuese el recurso mas ordinario de ciertas gentes ociosas que andan vagando sin destino, ni empleo alguno de casa en casa, y de tertulia en tertulia, haciéndose los bufones entre toda la gente que tratan? Estos embusteros en nada se detienen: su fecunda y acalorada imaginacion les suministra siempre materia abundante: sus delirios los hacen pasar por verdades incontestables: mienten con tal aparato que creen ellos mismos sus mentiras, y en lo general sus discursos son tan falsos como depravado su corazon.

Temamos, hermanos míos, contraer una costumbre que fomenta y mantiene

todos los vicios. Amemos la verdad, y honrémosla siempre con nuestras palabras, y de esta manera lograremos apartarnos del mal, y hacer el bien, segun el Apóstol nos ordena conforme á los consejos del Profeta. Todo lo que hay de positivo ó de negativo en la ley está contenido en estas pocas palabras, y su observancia fiel nos dará un medio seguro de encontrar la paz; no esa paz de que el mundo es tan zeloso, la qual consiste en la seguridad, en el placer y en la ociosidad, sino aquella paz que sabe unir con un trabajo no interrumpido una violencia continua, y una vigilancia invariable; no aquella que con el tiempo produce los remordimientos del corazon, y los disgustos mas amargos, sino la que proviene de la buena conciencia, y que conduce á una eterna tranquilidad. Feliz aquel christiano, á quien Dios se digna conceder esta paz, porque el Señor, como dice el Apóstol, le mirará con ojos de misericordia, y tarde ó temprano oirá los ruegos y deseos de su corazon.

En esto consiste, hermanos míos, el consuelo, y la paz del justo. Dios me ve, dice, y es el testigo de todos mis

pensamientos y deseos: quando mis acciones se encaminan á buen fin, es él quien las inspira. Si mis oraciones se conforman con su voluntad, ¿no deberé estar cierto de su buen efecto? él es quien se las dicta á mi corazon y á mis labios. Si alguna vez no corresponde tan pronto, á lo ménos estoy cierto que las escucha, y que tiene miras de misericordia sobre mí aun quando dilate sus favores.

De esta manera se explica, hermanos míos, el justo, y este lenguaje forma necesariamente en su corazon un sentimiento de alegría y de consuelo inefable; pero la conciencia del pecador no puede darle este testimonio. El rostro del Señor, dice el Apóstol, está sobre los que obran el mal. El impio puede como el justo decir, Dios me ve; pero las conseqüencias que debe sacar son muy diferentes y terribles. Dios me ve, debería decirse un pecador: no concibo una injusticia, no formo un mal deseo, no hago un pecado que inmediatamente y con pleno conocimiento de toda mi malignidad no pese sus efectos y sus conseqüencias, y que no le señale un castigo, el qual me impone

muchas veces en la vida para confundirme y servir de escarmiento á los demas. Estos deberian ser sus pensamientos; pero por desgracia los arroja de sí siempre que le importunan, temiendo perder la injusta tranquilidad que goza su corazon. ¡Ah! El rostro del Señor está sobre los que hacen mal.

El Apóstol deduce de esta verdad un motivo poderoso de paciencia. Si Dios mira á los justos con los ojos de su misericordia, y á los pecadores con los de su justicia, ¿quién podrá dañarlos sobre todo si abrazan el bien? Es decir, ¿quién podrá dañar su alma, y privarlos de la felicidad que se goza en la justicia? El Apóstol no quiere decir por esto que la atención de Dios sobre sus escogidos los dispense de las tribulaciones de la vida. La experiencia nos hace ver que ellos sufren males espantosos, que padecen toda suerte de persecuciones, y que viven sumergidos en la mayor miseria y abatimiento; pero el Evangelio nos dice que si alguna cosa padecen por la justicia serán bienaventurados. Las aflicciones y los trabajos nos dan, hermanos míos, un título poderoso para dirigirnos á Dios con

mas confianza. La conformidad mas perfecta de una criatura con Jesu-Christo consiste en padecer por la justicia, con tal que sea con paciencia, porque de otra manera le injuriamos, en lugar de honrarle como verdaderos hijos suyos. Sin embargo como nuestros males son el fruto y el castigo de nuestros pecados, todavía queda una grande diferencia entre Jesu-Christo y el hombre, esto es, entre un Dios que se ha revestido de la naturaleza humana, pero santo, puro y sin mancilla, y una criatura perecedera y pecadora. Quando padecemos alguna injusticia sin haber dado causa para ella con nuestra desobediencia á los divinos preceptos, entonces somos en alguna manera santos, puros é inocentes como Jesu-Christo, y en esta circunstancia nos consigue nuestra paciencia la paz que hace saludables y meritorias las aflicciones y molestias de la vida.

El Apóstol concluye diciendo: por tanto no temais por el temor de ellos, y no seais turbados. No temais pues, hermanos míos, los males que os amenazan quando se dirigen á turbar vuestra santa tranquilidad, y á desviaros de

las virtudes y de la práctica de las buenas obras: alejad á mucha distancia esa tristeza que suele ser la causa que os detiene en el camino de la vida eterna: honrad á Jesu-Christo amando la verdad, siendo fieles para conservar la paciencia, y hambrientos de la justicia. Estas son las disposiciones que exige el Apóstol, y con ellas conseguiremos los consuelos y ventajas que nos promete.

¡Dios mio, cuándo reynarán entre los christianos la paz, la union, y la misericordia! Como la caridad vive desterrada de nuestros corazones, no podemos experimentar estos dulces sentimientos; pero infundidnos, Señor, esta virtud, y con ella os honraremos con nuestra paciencia, y mereceremos la posesion de la bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 5. v. 20. 24.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Phariseos, no entrareis en

el reyno de los cielos. Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio: y quien dixere á su hermano raca, obligado será á concilio: y quien dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego. Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí: Dexa allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entónces ven á ofrecer tu ofrenda.

INSTRUCCION.

Aunque Jesu-Christo, hermanos mios, dice á sus Apóstoles que su yugo es suave, parece por otra parte que quiere imponerlos unas obligaciones casi imposibles de cumplir. Los Phariseos eran fieles al parecer en la observancia de los mandamientos; y Jesu-Christo

lo reprueba. Todas las señales exteriores eran de una piedad sólida y verdadera, y sin embargo los condena. Ellos edificaban con sus palabras, eran modestos en su porte, y austeros en sus costumbres: todas sus conversaciones eran de Dios; continuamente meditaban en sus designios de misericordia y de bondad, y procuraban indagar y socorrer las necesidades de los pobres; pero Jesu-Christo que conocia á fondo su corazón, se queja de la esterilidad de su justicia, y amenaza con cerrar la puerta de su reyno á todos los que no la posean con mas abundancia y solidez.

¿Pero Jesu-Christo exige de nosotros disposiciones superiores á nuestras fuerzas? No, hermanos míos, sus mandamientos no son imposibles: si alguna vez parece su ley escabrosa y difícil á las almas débiles, su gracia les da todos los medios que necesitan para cumplirla; y así vamos á verlo en la explicación del Evangelio de este día.

Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Fariseos, no entrareis en el reyno de los Cielos. Esta es una verdad que vamos

á demostrar poniendo en paralelo su conducta con la de Jesu-Christo. Los Fariseos habian recibido la ley por mano de Moysés, pero esta ley tan santa en su principio, como que venia del Dios de toda santidad: tan santa en sus preceptos, porque dirigia sus costumbres, y reprimia sus pasiones: tan santa en su fin, porque debia conducirlos á la ley de amor y de gracia: esta ley pura, y sin mancha, segun el Profeta, estaba tan desfigurada por causa de su orgullo y de sus intereses particulares, que Jesu-Christo se vió obligado á reprobár una multitud de máximas que una justicia hipócrita habia introducido en ella. La justicia exterior de los Fariseos no estaba animada, ni del espíritu que vivifica, ni de la caridad que santifica las acciones del hombre. Su principio era el orgullo, su objeto la avaricia, y su fin una ambicion que no conocia límites. Jesu-Christo sin embargo no les despoja del nombre de justos, porque sabe que este nombre es muchas veces arbitrario, y que puede conciliarse muy bien con un corazón corrompido con impuras costumbres, y perversas intenciones. Por esto solo in-

siste en los caracteres de su justicia; pero deseoso de enseñar á todos los medios de santificarse, establece algunas máximas particulares de la moral cristiana, y entre ellas las que tienen por objeto la reforma de los vicios mas comunes entre los hombres, y que les acarrear funestas conseqüencias. Oisteis, les dice, que fué dicho á los antiguos: no matarás, y quien matare obligado quedará á juicio. Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio.

En estas palabras tenéis, hermanos míos, un motivo poderoso para conocer al defensor y restaurador de la ley. Decíase en lo antiguo; no matarás, y aquí parece que terminaba el precepto; de modo que si reprimía por una parte los efectos sensibles de la ira, por otra parece que permitía el odio secreto, y el resentimiento interior; pero Jesu-Christo, para no dexar duda en esta materia, nos describe los diferentes grados de la ira, aplicando á cada uno el remedio conveniente. La ley no solo prohíbe el homicidio, sino tambien qualquier disgusto con nuestros hermanos, de manera que si les injuriamos de palabra, ó

marchitamos su reputacion con sátiras y burlas picantes, ya somos reos de juicio. Una sola indiscrecion será el objeto de la venganza divina. Si alguno dixere á su hermano raca, obligado será á concilio; y quien le dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego. En esto se nos prohiben las indiscreciones, las palabras infamatorias, y aun las chanzas de que usamos con frecuencia con todas las gentes para adquirirnos por este medio su benevolencia.

No sé, hermanos míos, si alguna vez habeis parado la consideracion sobre este lugar del Evangelio; pero él es tan terminante que no dexa duda alguna sobre el modo de conducirnos con vuestro próximo. Pero me direis, ¿es posible que no habiendo atentado contra su vida, ni despojádole de sus bienes, ni vulnerado su honor, una sola palabra indiscreta dicha en el calor de una disputa, ó por un resentimiento de poca monta, nos ha de traer castigos eternos? En efecto, así lo declara el Salvador. No necesito, mis hermanos, para ponderar esta verdad, valerme de los lugares, y de los artificios

de una eloqüencia humana, porque bastan las palabras de Jesu-Christo para conocer la enormidad de un delito semejante; y así os digo solamente que estais obligados á ser contenidos en vuestras palabras, si no quereis ser reos de juicio.

La ira es un movimiento del alma contrario á las leyes de la naturaleza, que proviene del disgusto que nos causan los varios sucesos de la vida. Si es involuntario, nada tiene de criminal; pero si es reflexionado, nos hace reos delante de la divina justicia, aunque sea momentáneo. En efecto, este movimiento es contrario al espíritu de dulzura y de paz que Jesu-Christo recomienda á sus discipulos, y produce en la sociedad todo género de males. Las injusticias, las traiciones, las muertes tienen aquí su origen. Un solo movimiento reflexionado de ira es un juicio contra el próximo, en el qual le citamos al tribunal de nuestro corazon para condenarle. Pero, hermanos míos, tened entendido que el Señor es el que juzga las justicias mismas, y que cometemos un delito de usurpacion de sus derechos, y nos hacemos responsables en

su tribunal, quando dexándonos llevar de motivos, en realidad bien despreciables, damos á nuestro hermano una respuesta picante y áspera, ó le despreciamos é insultamos con burlas y sátiras muy ajenas de un christiano.

En esta materia hay un error muy comun que conduce á muchos á la perdicion eterna, y es el de persuadirse que pueden conservar la devocion con cierto mal genio que los hace prorumpir en expresiones poco decentes é insultantes. Estos infelices que practican constantemente las virtudes, y que se dedican á todo género de obras caritativas, regularmente se producen con su familia y sus criados en términos poco comedidos, y son causa de mil impaciencias y disgustos. A las veces vienen del Templo y chocan con todas las personas de la casa, porque un mueble no está en su lugar, ó por qualquier otra friolera de este jaez; pero no es esto lo peor, sino que tienen tal opinion de sí mismos, y hacen tan poco caso de su mal humor, que todavía piensan que les será Dios deudor de que no le manifiesten con otros modos mas sensibiles.

Quisiera, mis hermanos, que fijais la consideracion sobre este punto. Sé muy bien que un solo movimiento de cólera de corta duracion, y de poca conseqüencia en sus efectos no será castigado con penas eternas; pero á lo ménos será preciso espiarle en esta vida ó en la otra con castigos proporcionados á la calidad del pecado.

Pero todavía no es éste el que traerá sobre vosotros la ira del Señor en toda su plenitud: hay otro que sin duda es de mucha trascendencia, y Jesu-Christo lo designa por las siguientes palabras: quien dixere á su hermano raca, obligado será á concilio. En efecto, hermanos míos, quando teneis un resentimiento no deseais otra cosa que ocasiones para poderlo manifestar; pero no con aquella franqueza propia de los hombres de bien, sino con invectivas y desprecios. Se estudian, por decirlo así, aquellas palabras que pueden herir más á nuestro próximo; y si alguna vez tenemos cierta debilidad en este punto, nos culpamos á nosotros mismos de no haber usado de aquellos términos mas picantes para ofenderle. A esto se agrega las sugestiones de los

amigos pérfidos que nos rodean, los quales en vez de pacificarnos disminuyendo la ofensa, y excusando á lo ménos la intencion y el motivo que ha tenido nuestro enemigo, nos tratan de imbeciles y de neciamente moderados. Yo en el caso vuestro, os dicen, no hubiera sufrido semejante injuria, y á la verdad que la tolerancia no sirve mas que para aumentar y autorizar su insolencia: en vuestro lugar no hubiera yo sido tan indiferente. ¿No teniais á la mano mil respuestas que darle, con las quales no solo hubiera quedado vengado el agravio, sino que le hubierais puesto un silencio perpetuo?

Hermanos míos, huid de estos consejeros peligrosos como de los mas crueles enemigos. No por esto quiero decir que los odieis personalmente; pero debéis evitarlos como pestes vivas que andan buscando el medio de derramar en un corazon ulcerado el veneno de la enemistad y de la cólera. Estos hombres merecen toda la indignacion de Dios, y así lo declara por la boca del Sabio quando dice: que de los muchos desórdenes que corren sobre la faz de la tierra hay seis que principalmente

aborrece; pero que el séptimo excita toda su ira, y es el de ciertos pecadores que solo se ocupan en sembrar rencillas y querellas entre sus hermanos. Jesu-Christo en esta sola palabra *raca*, contiene todas las expresiones injuriosas y picantes, todas las imputaciones odiosas y malignas que empleamos contra el próximo en el calor de las disputas; y sometiéndolas al concilio, nos da una idea de la parte que toma en el insulto que se hace al próximo con semejantes palabras.

¿Pero cuáles son aquellas para quienes el Evangelio reserva las penas eternas? Oidlas, hermanos míos: quien dixere insensato, y quedará obligado á la gehenna del fuego. Si esta palabra es pues una señal de reprobacion, ¿habrá muchos entre nosotros que puedan escaparse de este terrible anatema? ¿Esos christianos que llevados de su cólera prorrumpan en expresiones las mas denigrativas ácia el próximo; que contradicen abiertamente su voluntad; que infaman y deshonran su conducta, sin reparar en las conseqüencias y daños que pueden sobrevenirle; que publicamente le tratan de insensato, y que le

quitan el crédito y la confianza que tiene entre sus amigos: ¿no serán dignos de padecer las penas eternas que Dios ha reservado no solamente á Satanás y sus Angeles, sino á todos los que participan con ellos del espíritu de animosidad y de rencor? Temed por tanto, hermanos míos, los efectos de la ira, y orad para que el Señor la aparte de vuestro corazon. ¿No veis todos los dias en el seno de las familias á muchos padres y madres que con disputas continuas dan á sus hijos y á toda la vecindad el espectáculo mas escandaloso? ¿En estos casos no se valen de los términos mas groseros y picantes para injuriarse sin reparar en el descrédito que se causan? Si alguno movido de caridad quiere templarlos, y evitar las conseqüencias fatales de semejantes quimeras, ¿no suele ser víctima de su mismo zelo? ¿Qué pensaremos, hermanos míos, de esas casas donde reyna la discordia y las rencillas? El mundo con justa causa las llama un infierno anticipado, y yo añado que aquellos que se dexan llevar del exceso de esta passion, anuncian en su misma rabia el fuego devorador que ha de consumirlos por toda una eternidad.

Entre todas las pasiones la ira es la que obscurece y degrada mas la razon. El hombre iracundo y furioso á nadie conoce, ó por mejor decir, se desconoce á sí mismo. En el momento de su ira ni entiende lo que se le dice, ni encuentra con las palabras: sus ojos encarnizados, su herizado pelo, sus ademanes descompuestos excitan el desprecio de todos los que le miran. No contento con descargar su furor en quantos se le ponen delante, prorrumpe en imprecaciones contra sí mismo, maldice todas las criaturas, y su boca infernal ni aun reserva la misma Divinidad. Christianos, ¿es posible que reyne entre vosotros una pasion que así os reduce al estado de fieras? ¿Es posible que despreciando los fines de vuestra vocacion santa, abandonais de esta suerte todos los derechos de hijos de Dios para ser unos miserables esclavos de Satanás? ¿Así atropellais todos los respetos humanos? ¿así maltratais las cosas mas queridas? ¿Acaso estan libres de vuestro furor ni los amigos, ni los mismos hijos, esos pedazos del alma por quienes tal vez habeis pasado tantos trabajos? Pero el iracundo no para en esto. Las con-

sequencias que se siguen de esta pasion, si cabe, son mas terribles. En efecto por un solo acceso de ira se contraen enfermedades que suelen durar largos años, y algunas veces sobrevienen muertes repentinas. Tiemblo, christianos, al considerar estos estragos; pero todavía hay un estado mas funesto, y es el de la impenitencia: porque en efecto ¿cómo es posible que en estas tristes circunstancias pueda dar el iracundo señales de conversion y arrepentimiento? Las leyes Eclesiásticas los tratan en estos casos como á pecadores públicos y escandalosos, y previenen que se les niegue la absolucion.

A estas reflexiones añadiré otra, hermanos mios, de mucha importancia para todos los que estan encenagados en este vicio, y es: que sin embargo de que otros pecadores consiguen dar de mano á sus malos hábitos, y hacer penitencia, hay pocos iracundos que se conviertan y adquieran el espíritu de dulzura y de paz. En qualquiera otra pasion se admiten y se oyen con gusto los consejos y las amenazas; pero quando se habla de los peligros y fatales consequencias de la ira, siempre ale-

ga razones el iracundo para probar que la suya es legítima. Para libertarnos pues de caer en este vicio, debemos trabajar con todo cuidado en reprimir nuestro temperamento y mal humor, porque si damos entrada á impaciencias interiores y pasageras, además del peligro de pasar á otras más graves, seremos reos de juicio.

Si la ira se manifiesta con palabras picantes, con injurias é invectivas, la justicia de Dios castigará esta libertad peligrosa obligándonos á concilio; y si acaso degenera en rabia, y traspasa todos los límites, de manera que no esten seguros, ni la vida, ni los bienes, ni el honor de nuestros próximos, seremos reos de las penas eternas.

En estas pocas palabras habia dicho Jesu-Christo lo bastante para reprimir los efectos exteriores de la ira; pero era preciso subir hasta su origen, profundizar los corazones, y curar otro vicio que por la relacion esencial que tiene con el primero merecia su atención y su zelo. Este vicio es el resentimiento y la venganza. Para evitar las llamas eternas no basta imponer silencio á nuestra animosidad, y contener-

la en los límites de la honestidad y la decencia. La caridad prescribe otros más estrechos todavía. Jesu-Christo dice: si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí: dexa allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda. ¿Pero qué interes podia tener el Señor en una reconciliacion tan pronta y sincera? ¿No basta, diréis, para solicitar la misericordia de Dios el perdonar al enemigo de corazon? ¿Todavía será preciso comprometerse y solicitarle? ¿Si él no nos busca, deberémos sujetarnos á una accion de tanta humillacion? Por otra parte Dios quiere ser amado con un amor de preferencia, y así no debemos abandonar sus altares, ni dexar nuestras ofrendas por una paz muchas veces incierta. ¿Qué importa que yo esté dispuesto para perdonar á mi enemigo, si él no lo está para corresponderme? ¿Será justo que sufra sus desayres? Sobre todo si soy de una condicion superior á mi enemigo; si mis gestiones de paz no sirven sino para dar fomento á su insolencia, y exasperarle más contra mí; si mi

estimacion peligrá entre las gentes que me vean dar estos pasos de abatimiento y humillacion; si de aquí resulta un juicio poco favorable de mi persona; ¿no será justo que difiera la reconciliacion? Hermanos míos, la doctrina de Jesu-Christo contradice abiertamente estas reflexiones y excusas, diciendo: ve primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entónces ven á ofrecer tu ofrenda.

Si Jesu-Christo, hermanos míos, no recibe ni agradece otras ofrendas que las que le hacen los corazones pacíficos, ¿quántas veces habrá reprobado las vuestras? Decidme, ¿quáles son ahora vuestros sentimientos? ¿En qué disposicion estan vuestros enemigos con vosotros, y en qual estais con ellos? Pero me direis: ¿caso estamos obligados á responder de los sentimientos de nuestro prójimo? Sí, hermanos míos, tenéis esta obligacion hasta cierto punto. Si habeis dado á vuestro hermano ocasiones de descontento, si lo habeis despreciado y calumniado, no podeis dudar de la disposicion de su corazon ácia vosotros, y en este caso estais obligados á procurar la paz y la reconciliacion por

quantos medios sean posibles. Este precepto no admite modificaciones. Si no procurais reconciliaros y dar la satisfaccion competente á vuestro hermano por los agravios que le habeis hecho, no es el reyno de los Cielos para vosotros.

He dicho que debeis tambien examinar la disposicion en que os hallais para con vuestro prójimo, porque si bien es verdad que él os ha ofendido, tambien lo es que esta ofensa puede nacer de alguna ligereza sobre la qual ni aun conserve la memoria; ¿pero por vuestra parte estais satisfechos del agravio? ¿Le dais parte en vuestras oraciones? ¿Le socorreis si tiene necesidad? ¿Le hablais con dulzura, y le procurais todos los bienes espirituales y temporales que necesita? ¿Podeis verle con tranquilidad? ¿Habeis apagado ese fuego que renovaba el resentimiento siempre que se presentaba á vuestra vista? Si careceis de estas disposiciones, no tenéis que presentar vuestras ofrendas; id primero á reconciliaros con vuestro hermano.

Estúdiad por tanto las obligaciones de la caridad ántes de dedicaros á los

ejercicios de la piedad christiana. La ofrenda que venimos á presentar al Padre Eterno no puede ménos de serle agradable, porque es la victima de la paz; pero esta victima excluye de la participacion de su sacrificio á todos los vengativos; y así sofocad en vuestro corazon el grito del resentimiento, y entónces vuestras oraciones penetrarán hasta el trono de la Magestad Divina.

Hermanos míos, yo no puedo dexar de repetiros estas palabras, y oxalá que penetren vuestros corazones: ve primeramente á reconciliarte con tu hermano. Mirad que así os lo pide Jesu-Christo, que es el soberano Pastor de vuestras almas. Por mi parte, os confieso que entre todos los desórdenes que afligen esta Parroquia, no hay uno que llegue mas á mi corazon que el espíritu de enemistad y de venganza. Yo trabajaré quanto pueda para extirpar los demas pecados, y sacrificaré con gusto mis bienes, el tiempo y todo lo que valgo; pero si mis exhortaciones no bastan para apaciguar las disputas, y contener los efectos de la ira, derramaré con gusto hasta la última gota de mi sangre con tal que

consiga restablecer la paz entre vosotros, porque vivó intimamente persuadido que la menor division en un pueblo ó en una familia debe ser el objeto del dolor del Pastor, y la causa de la dispersion del rebaño. Amémonos pues, hermanos míos, amémonos en Jesu-Christo: sacrifiquemos todos nuestros intereses por el gusto de la paz, perdonemos las injurias, busquemos á nuestros enemigos, esfuérzemonos en fin para procurarlos los bienes espirituales, y satisfacer las necesidades del cuerpo.

Dios mio, vos amais los corazones pacíficos, y los llamais felices: oxalá que nosotros por vuestra gracia gustemos de esta felicidad en el tiempo, y participemos de la alegría que gozarán por toda una eternidad. Así sea.